

# SERVANDO

EL NIÑO DE  
LA VOZ DE PLATA



CUENTO: GABRIEL CONTRERAS ILLUSTRACIONES: LUIS, EL CARTÚN, PÉREZ

CUENTO

Gabriel Contreras

ILUSTRACIONES

Luis, el Cartún, Pérez

COORDINACIÓN EDITORIAL

Carolina Farías

DISEÑO Y CUIDADO EDITORIAL

Roberto Kaput

Primera edición: 2009

D.R. © 2009 Gabriel Contreras

D.R. © 2009 Luis, el Cartún, Pérez

COEDICIÓN

Fondo Editorial de Nuevo León

Consejo para la Cultura y las Artes de Nuevo León

Comité Regional Norte de la Comisión Mexicana de Cooperación con la UNESCO A.C.

Secretaría de Educación Nuevo León

Museo de Historia Mexicana

D.R. © 2009 Fondo Editorial de Nuevo León

Zaragoza 1300

Edificio Kalos, Nivel C2, Despacho 202

C.P. 64000, Monterrey, N.L., México

[www.fondoeditorialnl.gob.mx](http://www.fondoeditorialnl.gob.mx)

(81) 8344-2970 y 71

ISBN 978-607-7577-34-8

Hecho en México

# SERVANDO

EL NIÑO DE  
LA VOZ DE PLATA



CUENTO: GABRIEL CONTRERAS ILUSTRACIONES: LUIS, EL CARTÚN, PÉREZ

# SERVANDO ABRE LA VENTANA



De niño era pequeñito y regordete. Su nombre completo era José Servando de Santa Teresa de Mier Noriega y Guerra.

Mírenlo bien porque de grande se convirtió en un personaje de libros, investigaciones y congresos. Vivió grandes aventuras y desafíos como los que soñaron sus antepasados.

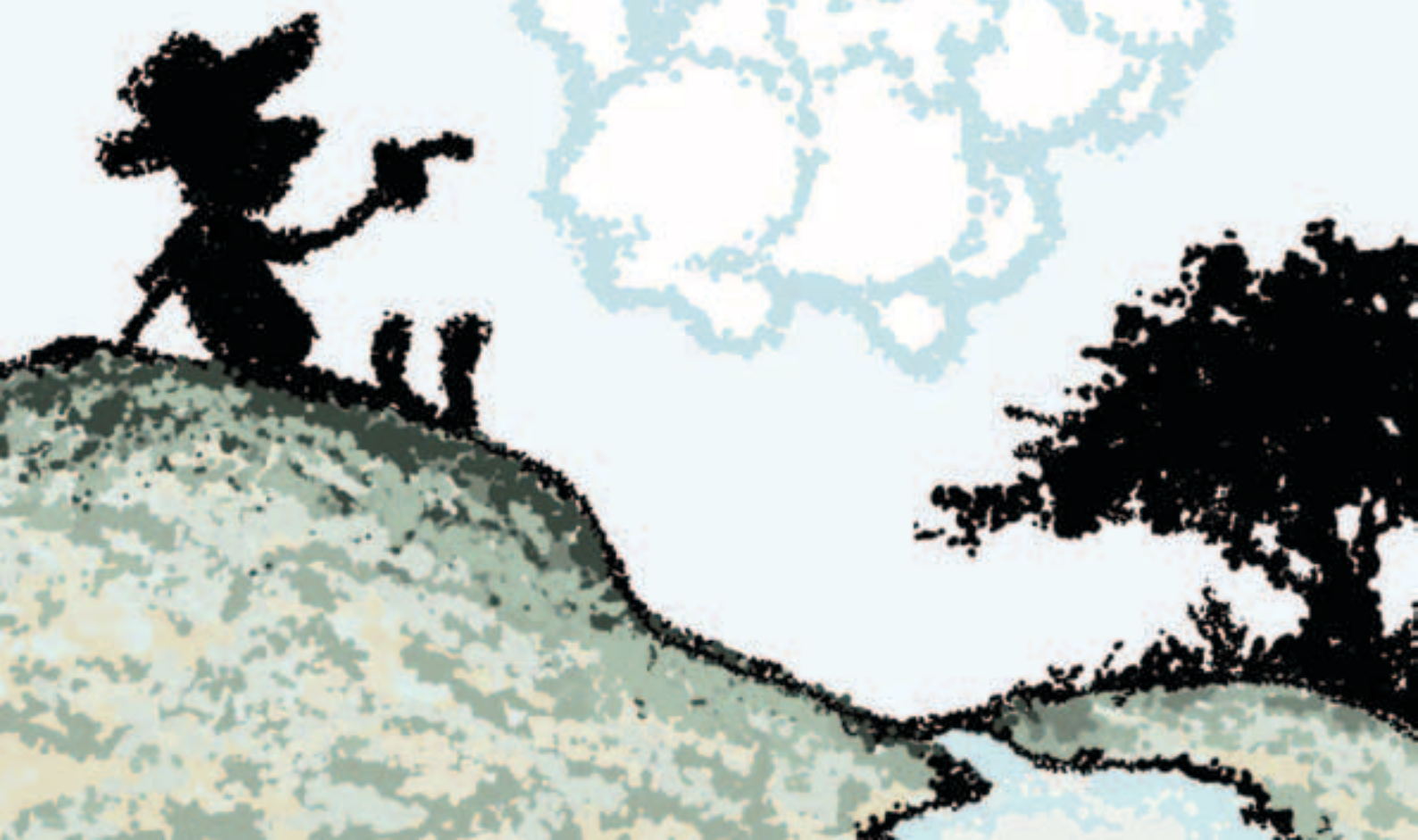
A Servando le gustaba imaginar el pueblo en donde nacieron sus padres y sus abuelos. Veamos cómo era.

Hace muchos años, en los días en que España era gobernada por la reina Nicandra, hubo un pueblito llamado Mier. Era un caserío entre nubes, pequeño y plagado de hombres valientes y mujeres de mirada inolvidable.

Había muchas vacas pastando junto a las montañas y perros en las veredas. Además, en Mier siempre había un aroma de leche recién ordeñada flotando en el aire.



A la gente de Mier le gustaba conversar, cocinar y buscarle formas de animales a las nubes.



Todos los hombres de aquel pueblo tenían un carácter explosivo y caprichoso, una voz gruesa y unas manos gigantescas con las que creaban mesas y espejos. Todos tenían barba, andaban a caballo y llevaban la espada dispuesta a la pelea. En cada rostro brillaba la ilusión de toparse con un reto.

A veces, entre sus habitantes, surgía una dificultad por un espejo chueco o una mesa de tres patas, pero todo se arreglaba al momento del abrazo, la sonrisa y la palabra "primo".





Un día, en ese pueblo que por cierto ya no existe, a la gente le dio por apellidarse Mier, porque les gustaba mucho su tierra y querían agrandarle la fama.

Así fue como Francisco, Ruperto, Indalecio, Adolfo, Vicente, Gervasio, Antonio, Gustavo, Melesio, Nicanor

y todos, todos todos los habitantes de Mier amanecieron con su pueblo transformado en apellido.

Soñando con ser el tema de todas las conversaciones, salieron al mundo con la A de la aventura en la frente.



Toda aquella gente partió a pie, a caballo o en barco a descubrir paisajes. Todos fueron cantando romances y redondillas mientras imaginaban sirenas, cíclopes, monstruos con cinco patas, niños viejitos y ancianos bebés, mujeres con barba y toda clase de brujas y hechizos.

Movidos por el sueño de ser más y mejores, los Mier llegaron a ciudades lejanas.



Y así, pasados los años, un día a mediados del siglo XVIII, en la casa marcada con el número 26 de la calle Comercio de Monterrey, al norte de la Nueva España, uno de los descendientes del pueblo de Mier abrió una pesada ventana de madera y se asomó al mundo con los ojos más despiertos que nunca.



Ese niño era Servando y eran las siete de la mañana.



# SERVANDO Y SUS MAESTROS

El pequeño Servando no sospechaba entonces que al paso de los años sería el más famoso de la familia Mier en el mundo entero.

Pronto su nombre despertaría comentarios en muchos países, pero sobre todo en esa ciudad pequeña y llena de árboles, en la que se encontraba abriendo la ventana para ver de lleno la luz del sol: Monterrey.

Servando era muy conocido en el barrio porque era travieso, terco, rebelde, un poco loco y algo gritón. Le gustaba jugar en las arboledas y alzar polvo frente a la catedral, que estaba apenas en construcción.





De niño Servando tenía algunos tesoros en casa: los juguetes que su papá Joaquín le compraba en los mercados cada vez que salía de viaje. Tenía más de veinte canicas de arcilla brillantes, tersas y coloridas; un trompo de madera negro y barnizado; unos muñecos de palo y un balero con sombrero y bigotes.

En las tardes, con todos sus juguetes envueltos en un trapo, Servando salía rumbo a las arboledas y llamaba a todos los niños del barrio a jugar con él.

- Niños, niños, niños! -gritaba Servando, y su voz retumbaba en todo Monterrey, interrumpiendo la siesta de los 258 habitantes de la ciudad.

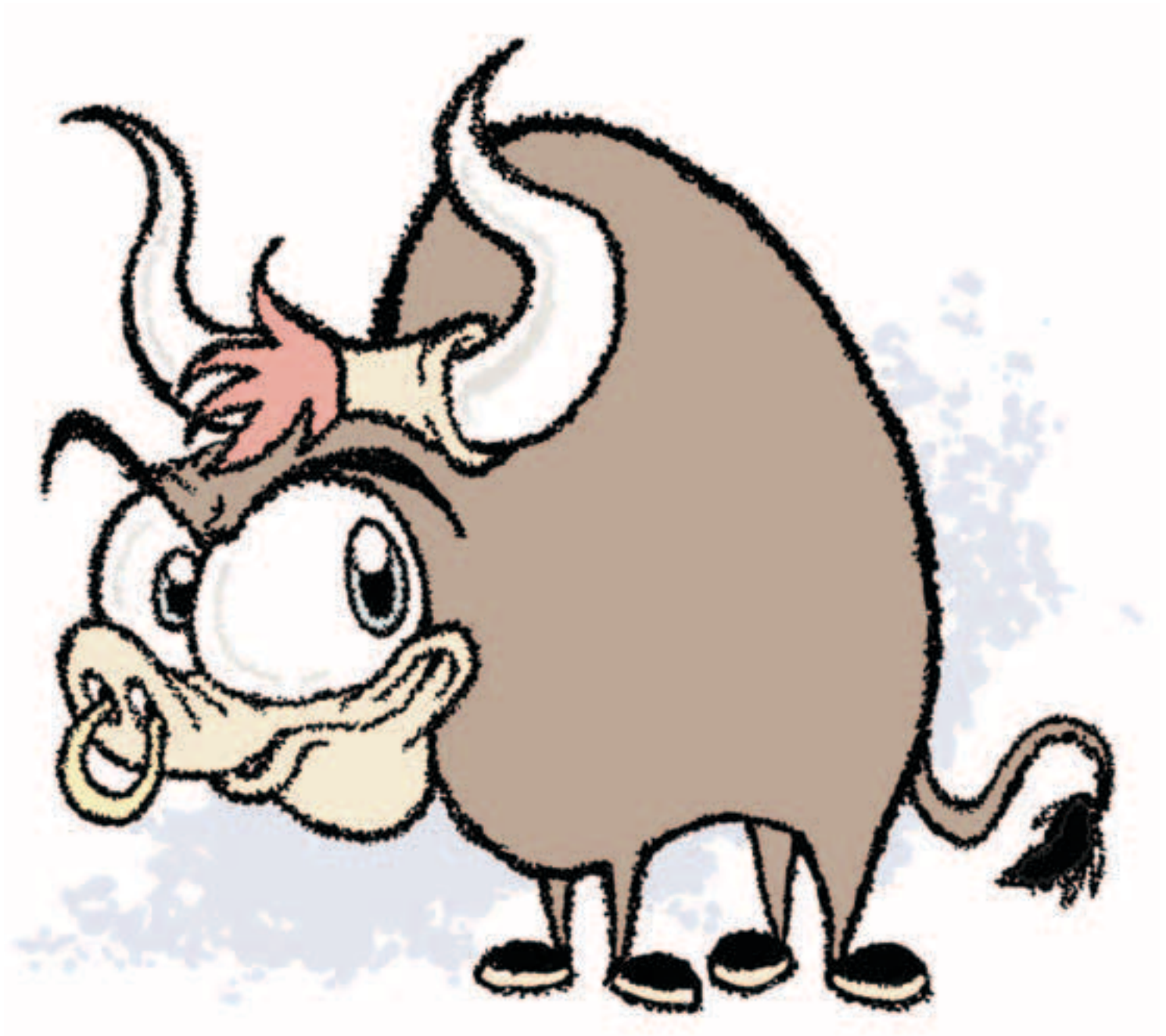
Servando tenía gracia para el balero, las canicas y el trompo. Sus juegos favoritos eran chiras pelas, el ahogado y atrás de tu moco. Pero no se conformaba con esos juegos, también le gustaba el perseguido, el fusilado y la momia maldita.

A veces, el pequeño Servando le jalaba la cola a las mulas y los caballos para armar tremolina. Hacía su propio juego de toros. Aunque esa atracción tenía poco en Monterrey, su papá le contaba que en España era un juego muy famoso. Había que enfadar al toro pegándole con un trapo... y corre que te alcanza.

De suerte que todo Monterrey sabía de sus juegos de toros, alharacas y griterías.

Servando fue famoso, discutido y tremendo desde pequeño.







Claro, todos conocían también a Joaquín Mier, teniente general del Nuevo Reino de León, casi casi un gobernante.

Joaquín, el papá de Servando, era el que le compraba los caballos de palo y los muñecos de cera. Además era un apasionado de la lotería, aunque jamás ganó nada.

La mamá de Servando se llamaba Antonia Francisca Guerra Iglesias y Santa Cruz. Era una mujer tierna, de buen corazón.

Servando tenía catorce hermanos y cinco medios hermanos. Su papá y su mamá los querían a todos por igual, aunque su papá los veía poco. Siempre tenía papeles que firmar y sellar.

Joaquín compraba piloncillo para todos sus hijos en la tienda de José López, la única que existía en la ciudad. Hasta que un día fue cerrada por órdenes del Virrey. Y así se acabó el piloncillo.

Frente a la casa de la familia Mier, que era muy alta y tenía unas columnas y unos colores preciosos, había una torre.

Sus puertas siempre estuvieron cerradas y adentro sólo había polvo.

Cuando llegó el tiempo de estudiar, Servando se quedó en casa. En ese entonces no había ninguna escuela en Monterrey.



Él tomaba clases a la sombra de un naranjo en el patio. Antonio Martínez y Francisco Cuevas fueron sus maestros. Ellos le enseñaron el alfabeto y latín. Después tuvo otro profesor llamado fray Cristóbal de Guido Fajardo, que le enseñó gramática.



A las siete de la mañana en punto, Servando abría los ojos. A las ocho ya estaba en clase, después de desayunar machacado, una taza de café, una tortilla con chile y un dulce de leche.

Servando fue un buen estudiante. Paseaba de un lado a otro del patio con una sonrisa, y siempre tenía una pluma y un tintero a la mano.

Por cierto, Servando no tenía libros. En ese tiempo tomar clases consistía en poner atención y apuntar en un papel. El que tenía los libros era el maestro, nada más.



# EL MIEDO A LA OSCURIDAD

Ya tarde, a las cinco,  
Servando terminaba sus  
clases y podía irse a  
jugar con sus amigos  
a las arboledas.

Era la hora de  
revolcarse entre  
el polvo, apostar  
bombachas,  
macalotas,  
y arrojarles  
pedradas a  
los muñecos hasta  
inventarse un mundo de  
fantasía.





A las diez de la noche Monterrey era una ciudad oscura y tenebrosa, llena de rumores, pillidos de rata y ruidos raros. Era la hora de tomar el fresco junto a la abuela María y la tía Matiana, que cada noche le contaban a él y a sus hermanos la misma historia, usando para ello unos títeres horrorosos.

Una vez, hace muchos años, llegaron a Monterrey los comanches, indios malos. Ellos incendiaron el pueblo y les cortaron la cabeza a todos los que encontraron a su paso. Aquellos comanches eran como el diablo o peores.



Y luego, todos los muertos tuvieron que levantarse y buscar sus cabezas en las veredas, entre el montón de gente hecha pedazos. Unos hallaron sus cabezas y otros todavía la andan buscando, convertidos en momias. De ahí viene la famosa frase “los comanches no dejaron títere con cabeza”.

Aunque esa historia era mentira, a Servando le daba mucho miedo. Ese cuento de los decapitados lo impresionó tanto que jamás dejó de tenerle miedo a la oscuridad.

SERVANDO DICE LO QUE DIJO  
BORUNDA



Después de aprender el alfabeto, la escritura, la gramática y el latín, Servando estaba listo para comenzar sus estudios universitarios. Así que entre veredas y montañas, viajó en una diligencia jalada por dos mulas hasta la Ciudad de México.

Allá estudió teología, filosofía y muchas otras cosas estupendas. Demostró ser no sólo inteligente, sino brillante.

Cuando José Servando de Santa Teresa de Mier Noriega y Guerra tomaba la palabra, el silencio cundía a su alrededor y el mundo era suyo. Su voz, según decían los padres dominicos, era una voz de plata.

En unos cuantos años, Servando obtuvo altos grados por parte de la orden dominica y de la Real Pontificia Universidad de México. Con esto ya tenía permiso para predicar.

Un día recibió una invitación a la que no podía negarse: la iglesia y el gobierno, a través del regidor Fernández, lo eligieron para decir el discurso principal del 12 de diciembre, día de la celebración de la virgen de Guadalupe en el Santuario del Tepeyac.

En aquel evento estarían presentes el Virrey, el Arzobispo y la gente más importante de ese tiempo. Nervioso ante tamaña responsabilidad, el joven Servando buscó el consejo de un hombre famoso. Necesitaba una gran idea para un gran discurso. De modo que habló con Borunda, autor de *Clave general de jeroglíficos americanos*.



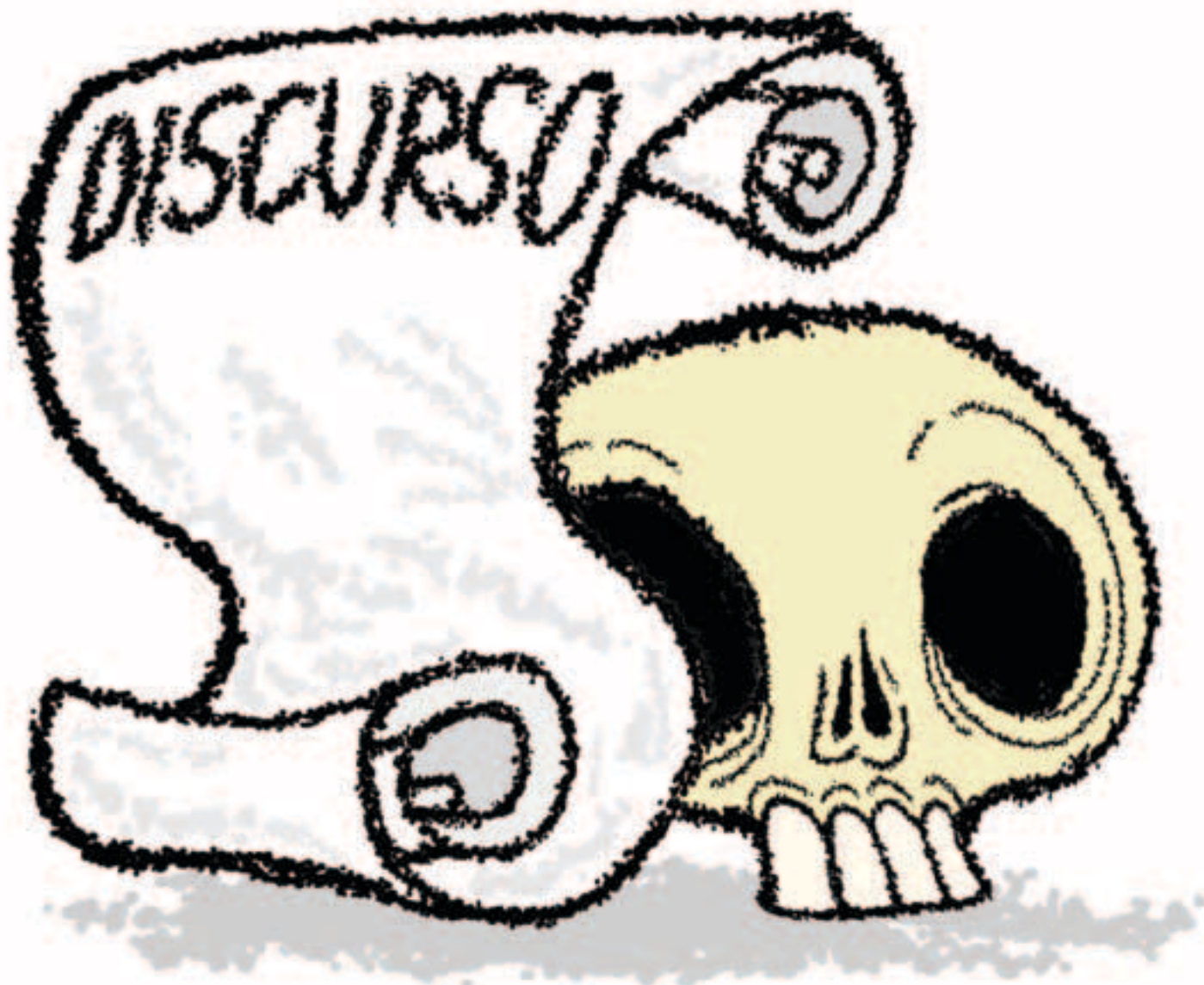
Basándose en datos muy antiguos, tumbas, cazuelas y calaveras, Borunda le dijo a Servando:

-Poseo la calve para que hagas el discurso más brillante que nunca jamás se ha dicho.

Durante diecisiete días Servando estudió y memorizó todo lo que iba a decir en su discurso. Borunda pensaba que la virgen de Guadalupe había aparecido en México desde antes de la llegada de los españoles y Servando, convencido de que así era, estaba listo para afirmarlo.

Memorizó el sermón de principio a fin. Un sermón siempre tiene cinco páginas y nada más. Él hizo dieciocho.







WHAT?

Llegó el 12 de diciembre. Servando tomó aire, se llevó las manos al pecho, pensó en las palabras memorizadas y repitió lo que le había dicho Borunda. Era una versión linda, de dieciocho páginas, leídas con voz de plata.

Al terminar recordó la promesa de su consejero: "Poseo la clave para que hagas el discurso más brillante que nunca jamás se ha dicho".

En ese momento los españoles, los criollos, los gobernantes y hasta el Arzobispo pusieron cara de *what*. Se molestaron todos, toditos. Y se armó tremendo escándalo en la Nueva España.

Por haber dicho lo que Borunda le dijo que dijera, Servando fue condenado a pasar diez años en la cárcel. También le quitaron su permiso para enseñar y decir sermones.

# LA CÁRCEL Y EL CANGREJO



Servando fue a parar a un calabozo. Pasó dos meses en una celda húmeda y oscura, donde tenía por compañía a un cangrejo que no se cansaba de morderlo y a una rata que le comió el sombrero.

Ese lugar tenebroso era la prisión de San Juan de Ulúa.

Luego Servando fue conducido en un barco hasta una cárcel en España. De ahí se escapó rompiendo las rejas con un cuchillo hecho a base de migajón de pan.



Tres días después, mientras comía un trozo de butifarra en una calle de Madrid, llegaron los enviados de la Santa Inquisición para detenerlo. Lo llevaron a la cárcel de Burgos, de donde escapó disfrazado de payaso.

Libre otra vez, huyó a Francia vestido de juglar. Allí escribió cosas muy importantes. Además, conoció a dos grandes hombres: el soldado Simón Bolívar y el científico Alejandro de Humboldt. Se hicieron amigos y comieron en una posada con música de acordeón.

Después se fue a Roma y otra vez a Madrid, donde fue encarcelado como de costumbre, sólo que ahora los gitanos le pegaron los piojos. Había tantos, pero tantos piojos en su celda, que la sábana se puso a caminar sola. Tantos piojos había, que Servando llenó una cubeta con ellos y todavía se quedaron algunos fuera.







Servando se escapó de la cárcel de los Toribios con la ayuda de una garza que, sin miedo a los piojos, lo sacó volando de aquel encierro.

No se sabe ni cómo pero Servando consiguió meterse en la panza de un barco y llegó hasta Inglaterra. Ahí se dio tiempo para escribir un libro importantísimo, *La historia de la revolución en la Nueva España*. Lo firmó con el seudónimo de José Guerra.

En ese libro mostró su descontento con el gobierno español y se imaginó un país libre, renovado, independiente. Se imaginó México.

En Inglaterra Servando quiso poner en acción sus ideas. Así que se unió a la lucha de un independentista llamado Francisco Javier Mina. Y se embarcó de regreso a la Nueva España.

Servando llegó hasta Soto la Marina, Tamaulipas, donde fue capturado. Otra vez aparecieron las ratas, los piojos y el miedo a la oscuridad. Ahí sufrió humillaciones, burlas y condenas, por eso decimos que su vida fue la de un hombre injustamente perseguido.

Menos mal que, pasado algún tiempo, las autoridades reconocieron que Servando nunca había sido un delincuente. En realidad, siempre había sido un revolucionario y un héroe.

Fray Servando –o Padre Mier, como le llamamos nosotros–, fue el primer independentista de México. Hoy es recordado por su más grande mérito: fue el primer mexicano que escribió un libro acerca de la revolución de Independencia.



El 3 de diciembre de 1827, en Palacio Nacional, a los sesenta y cuatro años, José Servando de Santa Teresa de Mier Noriega y Guerra se quedó dormido y jamás volvió a despertar.

A veces, Servando sueña que juega con todos los niños de Monterrey a las canicas, al balero, al perseguido...

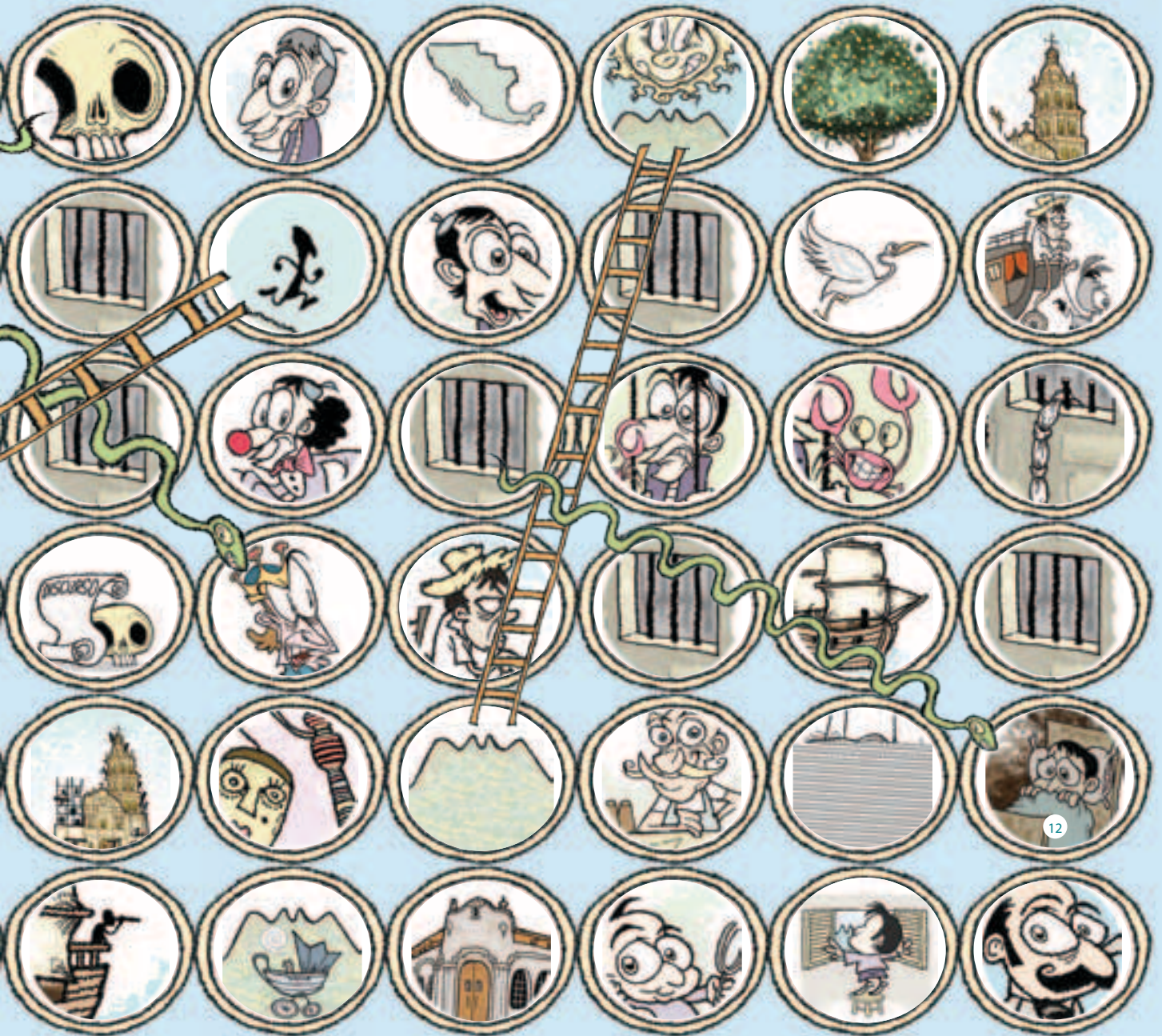
Y tú, ¿quieres ayudar a Servando a salir del aprieto? Invita a tus amigos a jugar a ver quién lo lleva primero a Palacio Nacional, donde vivirá al amparo del primer presidente de México, Guadalupe Victoria.



# EL PERSEGUIDO

EL PERSEGUIDO podrá jugarse entre dos o más jugadores. Cada jugador dispone de un turno por ronda. Las fichas de los jugadores avanzarán tantas casillas como puntos indique el dado. El jugador que llegue a una casilla marcada con la parte baja de una escalera, subirá a donde termina la misma; el jugador que llegue a una casilla marcada con la cola de una serpiente, regresará a la casilla donde se encuentra su cabeza; el jugador que llegue a una casilla ocupada por otro jugador deberá regresar a la casilla que ocupaba anteriormente. Gana el jugador que llegue a la casilla 64 de manera perfecta: si el lanzamiento arroja un número mayor a los puntos requeridos, el jugador deberá regresar tantas casillas como puntos extras haya obtenido. Buena suerte y esperamos que disfrutes este viaje por la vida y aventuras de Servando.





Este libro se terminó de imprimir en el mes de septiembre de 2009 en los  
talleres de Graphiserv, Aldama 220 Sur, Zona Centro.  
San Nicolás de los Garza, Nuevo León.  
El tiraje consta de 5000 ejemplares.  
El cuidado de la edición estuvo a cargo del Fondo Editorial de Nuevo León.